

La Compleja Vuelta de los Días

Autonomía, Complejidad y gobernabi-

... por Raúl D. Motta

La autonomía social es, tal vez, el desafío humano por excelencia. La autonomía demanda un modo de vida: la libertad con responsabilidad, un modelo de convivencia política: la democracia participativa y un hábitat: la ciudad. La vida política en la ciudad, la ciudadanía, es un fenómeno endo-eco-geno-auto-gobernante. ¿Podrá la Humanidad algún día, arribar a la ciudadanía planetaria?

En este fin de siglo, los tres ejes fundantes de la política occidental: la libertad, la democracia y la ciudad se hallan en medio de un proceso de transformación social y mundial cuyas características son:

1. La crisis de escalas de las formas institucionalizadas de organización social y política.
2. La creciente ingobernabilidad (global, local y de interfases).

El primer caso se refiere a una situación de rebasamiento de las escalas de organización política y formas institucionales globales y locales. Las transformaciones del sistema socioprodutivo, de la mano de la revolución científica y tecnológica en pocos años ha transformado la agenda internacional (el exterior de los estados-nacionales) y las sociedades (el interior de los estados-nacionales) en un proceso denominado globalización trastocando para siempre los límites y las fronteras. En este sentido, la expansión, internacionalización y circulación de los problemas globales no han encontrado fronteras y resistencias que puedan frenar su penetración "virósica" en el seno de las comunidades y sociedades locales.

Monarquías, bloques económicos, imperios, estados, iglesias, partidos, organismos internacionales sufren un proceso de erosión que consiste en una crisis de legitimidad, de historicidad y, para este caso, de eficacia en la gestión de esta compleja dinámica global/local emergente.

¿Sobrevivirán estas formas institucionales a la actual dinámica planetaria? ¿Se adaptarán a este contexto mutacional? No lo sabemos, pero tal vez, la forma de elucidar su futuro implique repensar, en forma compleja, los principios y los fines fundacionales de la antropolítica que subyace en las ideas políticas modernas, en función de un nuevo horizonte: la sostenibilidad de la Humanidad, en este pequeño planeta con densidad socioorganizacional creciente.

En segundo lugar y en directa relación con lo anterior, la ingobernabilidad política actual es un problema civilizacional. La ingobernabilidad creciente se manifiesta en tres niveles que se retroalimentan: ingobernabilidad global, ingobernabilidad local e

ingobernabilidad de las interfases. Estos tres niveles de ingobernabilidad llevan a las preguntas: ¿Podrá gobernarse la humanidad acuciada por crecientes y decisivos problemas globales? ¿Qué lugar y qué modalidad de participación tendrán las sociedades y culturas que la conforman? ¿De qué manera se articularían para decidir un destino común? ¿Cómo gobernar la unidad de la diversidad del devenir planetario de la Tierra-Patria? ¿Arribaremos a un mestizaje planetario?

El primero de los ensayos que se presenta a continuación, es no sólo un testimonio, sino también un análisis lúcido de los desafíos de gobernabilidad de España y de las sociedades que conviven en su seno. Emilio Roger Ciurana elabora un análisis de las problemáticas políticas y organizacionales de las comunidades autónomas a la luz del siglo XX y parado de puntillas en el umbral del siglo XXI.

Unas veces en forma implícita, otras en forma explícita, en este ensayo aparecen las dos cuestiones expresadas más arriba: ¿Cómo convivir, mediante qué forma de organización y articulación global/local en la sociedad planetaria que se está gestando?

El análisis de Emilio Roger Ciurana excede la experiencia del contexto español, para profundizar en principios, actitudes, conceptos, ideas y modalidades de pensamiento que conforman el debate sobre el desafío político de la gobernabilidad mundial y su déficit institucional.

El segundo ensayo consiste en un análisis "sismográfico" de la agenda internacional de fin de siglo. Gustavo Martínez Pandeani agrega a este análisis un comentario sobre la falta de visión de la clase política latinoamericana, para conocer y reconocerse en la actual morfogénesis del tejido social de nuestros estados-nacionales, verdaderas camisas de fuerza para el desarrollo de una visión propia de la humanidad y del devenir planetario de nuestras sociedades. Es preciso asumir el desafío, no sólo repensar formas de articulación social más humanas, donde estén en juego la identidad y la autonomía de la sociedad y las culturas de la especie, sino también, repensar las formas de la gobernabilidad en nuestro futuro inmediato, donde la "resistencia a la crueldad del mundo" (Morin) es tal vez, la única certeza política que queda de la experiencia humana en el siglo XX. La actual vuelta de los días requiere la revuelta del pensar y la vuelta de la imaginación para repensar la compleja revuelta de nuestros días.

España: Autonomía y Complejidad, por Emilio Roger Ciurana

En esta conferencia voy a hacer lo que podemos denominar una "reflexión en voz alta" sobre un problema *complejo*. Intelectuales de la enjundia de los miembros de la llamada *Generación del 98*, así como los miembros de la *Generación del 27* ya en nuestro siglo, desde el ensayo, la novela y la poesía, hicieron de España objeto de reflexión más de una vez. Desde Unamuno Y Machado pasando por Ortega y Gasset y Américo Castro hasta Laín Entralgo, por

citar a un ilustre intelectual afortunadamente aún entre nosotros, el problema de a qué llamamos España es recurrente. Ortega nos habló de una *España invertebrada*; Américo Castro reflexionó y escribió “*Sobre el nombre y el ser de los españoles*” Lain Entralgo hace muchos años se planteó *España como problema*, después siguió reflexionando sobre ello en su *Idea de España*. Todos los miembros de la *Generación del 98* directa o indirectamente reflexionaron sobre el ser de los españoles, sobre todo en una época en la que España entraba en su ocaso colonial y perdía poder de influencia en un mundo en el que grandes Estados como los Estados Unidos de América así como estados-nación como Francia, Inglaterra y Alemania cada vez se hacían más poderosos. En un mundo en el que desde hacía muchísimos años en España sí se ponía el sol. Se dice que en la época del Imperio español, su extensión era tan grande que nunca se ponía el sol.

Hoy en día, a las puertas del siglo XXI, España sigue siendo un problema, lo cual no quita para que España sea, insisto, un Estado-Nación moderno, como lo es cualquier Estado actual en el mundo occidental, pero tiene sus problemas y es un problema. Sobre todo el problema de una verdadera vertebración organizacional entre las diferentes naciones que constituyen el estado-nación al que llamamos España. El Estado de las autonomías en el que España a partir de la Constitución de 1978 se constituye es muy problemático y germen de enormes conflictos nacionalistas algunos de ellos “fenomenologizados” en acciones terroristas, algaradas callejeras llamadas por algunos “violencia de baja intensidad” e intentos de exclusión de ciudadanos que viven en un mismo lugar por el hecho de no ser nacidos allí o el hecho de no sentirse identificados con los postulados de algunos nacionalistas de lo que podemos denominar “alta intensidad”, aquellos que ontologizan una tradición que muy difícilmente saben explicar sin salir de los tópicos al uso, de hecho el término “español” a algunos les sirve como elemento de insulto sobre aquellos que, como digo, no se reconocen en esa especie de *Volkgeist* en la que consiste el derecho de los pueblos sobre los derechos de los ciudadanos. Disparates como lo son los intentos de imponer una lengua sobre otra (como lo fue antes la restricción lingüística a la que el franquismo sometió a determinadas comunidades) dan cuenta de la virulencia e irracionalidad a la que ciertos fanatismos nacionalistas han llegado. Junto con Octavio Paz, que la cuestión del nacionalismo no es una cuestión de lógica política¹, junto con Edgar Morin que comprender el nacionalismo y el problema de la nación implica ser conscientes de la consistencia mítico-religiosa de las naciones. Efectivamente, como afirma este autor, *somos instrumentos de nuestros mitos*, de ahí la necesidad de comprender epistemológicamente nuestra relación con los mitos. Tendremos que ver, por lo tanto, el tema del nacionalismo desde un punto de vista epistemológico. El nacionalismo es un mito, nos dice Fernando Savater. Se trata, creo, de una nueva religión en la que sus “sacerdotes”, por medio de los cuales “habla”

el pueblo, por medio de los cuales se interpreta y divulga lo “originario” tienen tanto poder sobre la ciudadanía como incultura cognitiva tiene la ciudadanía. Efectivamente, habría que releer más a menudo el famoso artículo de Kant que versa sobre *Qué es la Ilustración*.

El problema económico entre comunidades autónomas no es menos grave. España en esto no es ni más ni menos que una especie de metáfora de lo que es hoy la Europa de los mercaderes. El egoísmo economicista prima sobre la solidaridad entre “iguales” (si fuésemos considerados como ciudadanos y no como miembros de tal o cual nacionalidad). Porque, efectivamente, lo que nos iguala a todos es el Estado de Derecho y la democracia. En este sentido tengo la impresión de que la democracia se resiente allí donde la “persona” del pueblo predomina sobre los individuos. Por definición la democracia se basa en el pluralismo y, si queremos decirlo así, el conflicto dialógico entre ideas e interpretaciones de aquello que hemos heredado por educación, cultura, o tradición y aquellas ideas que nacen de nuestra propia autonomía pensante que, efectivamente, siempre es relativa, pero por eso es *autonomía*. De hecho a nadie se le oculta que no podemos elegir nuestras propias tradiciones. Pero ello no implica que no podamos criticarlas o intentar evolucionar por otros derroteros. Una de las cosas en las que más ha insistido Habermas en sus polémicas, interesantísimas, con Gadamer es precisamente en el hecho de que siempre hay que tomar distancia reflexiva frente a la tradición, lo cual, insisto, no pretende desacreditar ni invalidar la tradición ni la herencia transmitida históricamente, pero no menos cierto es que cada cosa hay que ponerla en su sitio. Como afirma Habermas, “*nuestra identidad no es solamente algo que nos hallamos encontrado ahí, sino algo que es también y a la vez nuestro propio proyecto*”². Más aún, creo que por encima de las tradiciones se sitúan valores y derechos que conciernen a todos los seres humanos. Me refiero a los derechos fundamentales de todo individuo o persona. Por todo ello estoy de acuerdo con el escritor libanés-francés Amin Maalouf cuando en su extraordinario libro recién publicado afirma lo siguiente: “*las tradiciones sólo merecen ser respetadas en la medida en que son respetables, es decir, en la medida exacta en que respetan los derechos fundamentales de los hombres y las mujeres. Respetar “tradiciones” o leyes discriminatorias es despreciar a sus víctimas*”³.

El estado-nación al que llamamos España tiene hoy en día, como quizás alguno de ustedes sepa, un problema de configuración autonómica. Sobre todo en torno a dos naciones que reclaman sus “derechos históricos” al Estado central. Hablo de Euskadi⁴ y de Catalunya. Como se sabe, el problema vasco se ha concretado en fenómenos de una violencia espantosa en algún momento. El problema catalán anda por raiños más contemporizadores y me atrevo a decir que más insertados en la modernidad política, aunque en lo fundamental, como todo nacionalismo, tiene sus mitos de origen, su lista de agravios y sus actitudes

victimistas. He hablado de “derechos históricos” y es una de las cosas que hay que aclarar. Pero antes digamos que la constitución autonómica del Estado español se llevó a cabo por dos vías: por una vía accedieron las llamadas “naciones históricas”: Euskadi, Catalunya, Galicia y Navarra. Por otra vía accedieron el resto de comunidades autónomas, cierto que muchas de ellas “inventadas” *ad hoc*, como no menos inventadas son ciertas historias de la “historia” de las “naciones históricas”. No solo inventadas, me refiero a ciertas comunidades autónomas, sino incluso algunas de ellas “forzadas” a constituirse en tales comunidades autónomas como, por ejemplo, Castilla y León.

Como no soy experto constitucionalista no voy a adentrarme por los caminos de interpretación de la Constitución ni en los aspectos formales y normativos de esta. Pero algunos estudiosos del tema interpretan de modo diferente la “Disposición Adicional 1” del texto de la Constitución en la que se dice que la Constitución Española reconoce el hecho diferencial de las llamadas “nacionalidades históricas”. Para unos se trata de un texto meramente retórico, para otros se trata de un texto normativo que expresa un principio general de organización en el que el principio de *historicidad* debe ser tenido en cuenta. Dicho de otra forma, el estado español debe pasar de ser pensado desde principios geométricos e igualitarios a la consideración de un nuevo orden en el que primen las magnitudes intensivas y cualitativamente diferentes⁵. Esta última interpretación es la que hace por ejemplo Herrero de Miñón. Se trata de anteponer el *ser* al *haber*. Se trata de primar lo que este autor denomina el “principio de historicidad”. Principio que expresaría el hecho diferencial, la singularidad, la identidad “no inventada” de una nación. Pues, efectivamente, “para ser no basta haber sido”, afirma. Este derrotero nos aleja de la idea de un estado federal y nos acerca a la concreción de un estado común a varias naciones basado en un pacto en el que deben regir los principios de legalidad, democracia y acuerdo entre pueblos diferentes. Más que de “modelo federal” cabe hablar de “fragmentos de estado yuxtapuestos”. Todo ello daría lugar no tanto a un estado-nación federal sino a la unión pactada entre diferentes comunidades nacionales que tienen un estado común. Claro que a mí se me ocurre preguntar lo siguiente: una vez reconocidas las diferencias y los derechos históricos ¿por qué estas comunidades nacionales tienen que unirse de forma pactada? Por qué no puede darse el caso de que no quieran unirse y prefieran ser totalmente independientes? ¿Por qué, en resumen tienen que pensar en la unión y no en la separación? Por lo demás, no menos cierto es que toda identidad es una identidad, que no solo cambia, sino que necesita cambiar para permanecer y no menos cierto, es que pensar en términos de naciones con una población homogénea o en estados con una población nacional homogénea pertenece al reino de la más alucinante ficción. Cualquier antropólogo sabe que hoy en día no podemos pensar en términos de culturas “puras”.

Pero es que, además, hay un problema de hecho y es el siguiente (problema al que dedicaré gran parte de

esta conferencia) allí donde primen las personalidades nacionales (los pueblos, las naciones) ¿acaso no acabamos con el principio de ciudadanía que debe ser ley en todo estado democrático? ¿Allí donde primero es la nación o sujeto colectivo qué derechos tiene el individuo? En este sentido, ¿acaso no garantizan mejor la libertad individual, cultural, lingüística, etc., los estados plurinacionales que los estados que persiguen consciente o inconscientemente la homogeneidad cultural, étnica y lingüística?⁶.

Pienso que cuando uno viaja “al fondo de la nación” (J. Daniel), al “origen” (Savater), se puede encontrar, por usar el título de una obra de Conrad, en “el corazón de las tinieblas”. Allí la racionalidad y la razón de cada uno de nosotros se pierde en beneficio de ese vago absoluto que, como afirma Savater, domina la razón subjetiva.

Todos sabemos o deberíamos saber que allí donde no existe el sujeto crítico nos encontramos en el reino de la doctrina, de las falsas ideologías y de sus profetas. Esto no es sólo aplicable al fenómeno del nacionalismo sino también a fenómenos políticos como lo han sido el nazismo, el estalinismo, etc. Edgar Morin, en su *Autocrítica*, por ejemplo, mostró en toda su crudeza cómo es posible que el mito generado por el estalinismo anulase la subjetividad y la capacidad reactiva del sujeto (en ese sentido, bien sujetado).

Para mí que en España -y lo que voy a decir se podría generalizar a cualquier otro fenómeno nacionalista, sobre todo centroeuropeo-, los defensores “cultos” del nacionalismo han hecho una lectura muy mal digerida del pensamiento de Herder y de otros autores que han ido a “contra corriente” de la época de Ilustración en que se vivía. Este gran filósofo alemán es uno de los defensores más importantes de las naciones y de los nacionalismos. Creo que Isaiah Berlin tiene razón al afirmar que en las ideas de Herder encontramos tres elementos fundamentales: populismo, expresionismo y pluralismo. Esto es, la idea de que cada nación vale por sí misma y por lo que es; la idea de que lo más importante que tiene una nación es la lengua con la que sus gentes hablan; por último la idea de pluralidad y relativismo que a ello nos lleva. No es momento de entrar aquí en si Herder pudo pensar, a partir de estas ideas, en términos de *Humanität* o si fue o no fue coherente. Profundizar en ello nos podría introducir en la apasionante polémica entre Herder y Kant que, por otra parte, en nuestra época, tiene su reflejo en la polémica entre Gadamer y Habermas.

Creo que Herder tenía razón al intentar mostrar algo que hoy sabemos muy bien: la Ilustración con todos sus logros acabó siendo también una borrachera de abstracción. La Ilustración entronizaba una idea de *razón* formal y uniformizadora en la que frente a su universalización no cabía lo particular, ni el sentimiento, ni lo popular, etc. Ahora bien, yo me pregunto hoy si Herder sería capaz de mantener, insisto, hoy en día, criterios cerrados sobre el *nacionalismo cultural* que con tanta pasión defendió.

Vamos a tener que distinguir entre lo que podemos

considerar dos tipos ideales: la *nación cultural* y la *nación política*. Tal distinción conlleva la distinción entre *nacionalismo cultural* y *nacionalismo político*. Pero volviendo a Herder y a su posibilidad actual (insisto en el término “actual”) de interpretación, este filósofo vivió en una época que no es la nuestra: vivimos en un mundo interconectado; en una era planetaria (Morin); nuestras sociedades entran en la era postnacional (Habermas); la gente emigra de unos lugares a otros por motivos de trabajo; la gente viaja por trabajo o placer; cada vez tenemos más fácil acceso informativo a lo que ocurre en cualquier parte del planeta, etc. Todo ello conlleva, si uno está dispuesto a sacar conclusiones, una experiencia de aprendizaje intercultural y un abandono del “espíritu de la tribu”- espíritu de la tribu que creo es el mayor culpable de la situación de violencia y muerte en la que se encuentran ciertas partes del mundo-. Un darse cuenta de que allí donde se produce interacción entre las gentes no podemos concebir, en adelante, las culturas ni las etnias como si de tazas con bordes delimitados se tratase (pienso en la concepción de R. Benedict). Es necesario tener el intelecto recubierto por una capa de ideología de un enorme espesor como para no ver la realidad tal y como se muestra a la luz del día. Los hábitos mentales no reflexionados son mecanismos culturales y psicológicos que nos ciegan y cierran.

Herder abogaba, efectivamente, por la pluralidad y el reconocimiento de la singularidad de las naciones; por el reconocimiento de las singularidades culturales; por el reconocimiento de la personalidad de la “persona nacional”; por la no uniformización a la que él pensaba que llevaban las categorizaciones abstractas kantianas, etc. Herder dijo también que ninguna cultura, ninguna nación era mejor que otra. Entre otras cosas porque no creía en la existencia de un baremo universal desde el cual valorar las culturas y las etnias. Porque sabía que para estos problemas no existen formulas perfectas.

Hoy en día, y esta es la mala digestión que hacen los nacionalistas de las ideas de gente como Herder, nosotros, a las puertas del siglo XXI, sabemos y debemos comprender que no hay etnias puras; no existen culturas puras; que todo intento de creación de un nuevo estado-nación tomando como base el ideal nacionalista seguirá teniendo problemas porque en ese Estado vivirán gentes de otras etnias y culturas. A partir de ahí hay que optar o por lo inadmisibles, que se concreta en los intentos de limpieza étnica que se pretenden llevar a cabo en ciertas zonas de Europa como lo es la antigua Yugoslavia; Turquía con los kurdos; o en el mismo estado-nación español, como ocurre en el País Vasco, cuando se amenaza de muerte a ciudadanos que se presentan a unas elecciones democráticas para ser concejales de ayuntamientos (caso de miembros amenazados del Partido Popular). Contraponer frente a esta crítica al caso vasco, como hacen miembros del PNV o de EH, que ha existido terrorismo de Estado como lo ha sido el caso del GAL (no menos justificable que el terrorismo de ETA), es dar por sentado lo inadmisibles: es dar por sentado

por ambos bandos, los nacionalistas vascos y los nacionalistas “españoles”, que se mata y amenaza en nombre de no se sabe muy bien qué “patriotismo” y qué idea de “nación”. Es dar más peso ontológico al espíritu de la tribu que a los derechos del individuo en un Estado de Derecho.

La otra opción es la más difícil porque requiere una reorientación intelectual de los políticos y de la ciudadanía. Es la opción de pensar de forma *compleja*. Pensar de forma *compleja* en política implica una serie de elementos: tomar consciencia de la realidad del mito y de cómo el mito nos instrumentaliza, lo cual no quiere decir que podamos eliminar los mitos, pero sí podemos conscientemente tener una relación lo menos sojuzgante posible con ellos o proponer nuevos mitos, esta vez conscientes; tomar consciencia de la tradición y de cómo no podemos vivir sólo de la tradición, lo que acabo de decir del mito vale para la tradición; tomar consciencia de que el ser humano es, como dice Edgar Morin, producto de la *dialógica* entre su ser racional y su ser imaginario: el hombre es el *homo sapiens/demens*. La prueba más obvia de ello es el fenómeno del que venimos hablando: la virulencia desatada en nombre de la nación, la tradición, la religión...

Pensar de forma *compleja* es tratar de reconducir el problema de la nación desde esquemas no simplificadores y reduccionistas. Es tener sentido de la *unitas multiplex* de que la unidad es unidad de y en la diversidad. Es tomar consciencia de que no existen identidades simples. Insisto en señalar la reflexión extraordinaria de este escritor “complejo” llamado Amin Maalouf. Grata constatación de que ciertos intelectuales comienzan a caminar por las sendas de la *complejidad*. Hoy en día creo que son sobre todo dos los intelectuales que más han insistido desde un punto de vista epistemológico en pensar la identidad en términos complejos. Por un lado Edgar Morin en su teoría de la organización donde plantea una ontología de la relación y por otro lado el desaparecido Niklas Luhmann en su idea de una ontología de la diferencia. En la base no encontramos la identidad simple sino la diferencia y la inter-relación. En este sentido, como decía Castoriadis frente a Heidegger, preso éste último aún de una metafísica del ser y la identidad dependiente de la ciencia clásica, las cosas no están dadas desde siempre, el ser se hace y se des-hace en su propio devenir.

Hoy en día los nacionalistas vascos y catalanes, en España, reclaman el reconocimiento de su singularidad y de su diferencia. Efectivamente lo son. Pero no menos cierto es que su singularidad y diferencia es algo evolutivo. No es una singularidad y diferencia “puras” porque no viven *ni han vivido nunca* desconectados del resto de naciones que conforman el Estado-Nación al que llamamos España.

El lamentable nacionalismo franquista prohibió que en el País Vasco se hablase el *euskera*; prohibió que en Catalunya se hablase el *catalán*. Acabó con el Estado de Derecho en España y no solo en las comunidades “históricas”. Lo inadmisibles hoy en día es que

los mismos que fueron sojuzgados hoy pretendan sojuzgar. Lo inadmisibles hoy en día es que un destacado dirigente del PNV vasco afirme que hay que hacer política “con el corazón” al referirse a las críticas recibidas por parte de grupos políticos no nacionalistas respecto de la admisión o no admisión de dirigentes kurdos para que celebren en el parlamento vasco su propio parlamento en el exilio, y que ese mismo dirigente no diga que hay que hacer política “con el corazón” cuando se trata de las amenazas que grupos ideológicamente muy allegados a él hacen a ciudadanos que viven en el País Vasco⁷.

Lo inadmisibles política y éticamente es que se antepongan los derechos de la colectividad a los derechos de los ciudadanos tan a la ligera. Traducido en clave nacionalista y étnica, creo que Fernando Savater tiene razón cuando afirma que “la idea misma de nación como una comunidad étnica se opone a la idea de sociedad común de ciudadanos democráticos”⁸.

Debemos distinguir entre dos tipos ideales (y por ser ideales, a veces muy poco reales) de nación: la *nación política* y la *nación cultural*. Al mismo tiempo debemos tomar consciencia de que intelectos reduccionistas y simplificadores solo dan lugar a acciones unidimensionales y políticamente peligrosas. Tenemos que distinguir entre dos dimensiones en el acercamiento al fenómeno social. Las dimensiones *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft*. Las dimensiones comunitaria y la dimensión societaria (Tonnies). Si la *nación política* comporta una dimensión instrumental e individualista y se concreta en los modernos estados-nación (pos-revolución francesa), ello no quiere decir que por ese motivo se abandone la dimensión comunitaria, simbólica o afectiva que comporta el sentimiento de comunidad en el Estado-Nación, que es plurinacional y pluricultural. Más aun cuando los estados-nación históricos como Inglaterra, Francia o España han tenido mucho tiempo para constituirse como tales. Ahora bien, no veo el motivo para negar los nacionalismos culturales que, como antes he afirmado, son ya en su dimensión a menor escala respecto del estado-nación, también poliétnicos. Ello no debe impedir que esas nacionalidades conserven y desarrollen su lengua, su cultura, sus instituciones. Pero ello tampoco debe impedir que los derechos del individuo sean conculcados por los derechos de la nación. Una nación que, insisto, ya es pluriétnica. Pienso que cuando uno emigra o va a vivir a una sociedad-cultura diferente de la suya, si es ilustrado y tiene sentido de la diversidad y del progreso que ello supone, debería tratar de integrarse lo más posible en esa nueva sociedad, lo cual no obliga al abandono de la identidad particular de cada uno, al contrario, supone un enriquecimiento de la identidad del individuo.

Hoy en día estos dos tipos ideales de nación, estos dos tipos ideales de sociedad tienen que convivir. Más aún, están condenados a convivir. Una nación no es ni más ni menos que un fenómeno social. Es un concepto, si queremos decirlo así, que sirve de marco definitorio respecto al cual los individuos se diferencian de individuos de otra nación. Ahora bien, hay

dos formas de abordar el espíritu de los tiempos que corren: evolucionar o volver hacia atrás, hacia un mundo que ya no existe.

Vivimos tiempos en los que la incertidumbre y la inseguridad económica es un hecho. Lo cual puede favorecer la idea de que el repliegue étnico sobre sí mismo da seguridad al individuo frente a los grandes monstruos macroeconómicos en los que se han convertido los estados-nación; vivimos tiempos en los que la influencia de la caída del gran imperio soviético se ha hecho notar en aquellos países sojuzgados por él. Países que ataban unas etnias a otras en naciones casi inventadas *ad hoc*, como muchas de las que surgieron a partir del final de la Primera Guerra Mundial; vivimos tiempos en los que la democracia se resiente (los Derechos Humanos siguen siendo derechos, pero no disfrutan de ellos todos los humanos). Que toda esta inseguridad fructifique en repliegues tribales parece ser para algunos una salida al problema. *No creo que sea la salida más interesante ni la más sensata*. Porque no es una solución, es el agravamiento de la enfermedad.

Vivimos, creo yo, una época de transición en la que hay que replantear el papel de los estados-nación. Eso es indudable. No voy a entrar en ello aquí porque reconozco que no he reflexionado a fondo el tema. Solo diré algo al respecto. Vivimos una época de transición hacia nuevas identidades, esta vez, creo yo, identidades *post-nacionales* y *post-tradicionales*. Ello no implica el abandono de las identidades nacionales sino el hacer sitio a nuevas identidades. No implica el abandono de la realidad nacional sino el hacer sitio a realidades supranacionales y supraestatales.

De todos modos un estado-nación moderno es aquél que sin destruir la dimensión comunitaria y supracomunitaria debe hacer lugar, y cada vez más, a la dimensión societaria e interaccional propias no ya de una sociedad industrial y capitalista sino de una sociedad post-industrial e informacional. Una sociedad *compleja*.

Yo diría que el mundo en el que vivimos nos pide que seamos conscientes de que hay que *desplazar los mitos*. De que debemos tratar de implicarnos con mitos en los que, como dice Edgar Morin, la idea de *humanidad* sea principal. Lo ha dicho Edgar Morin muchas veces: no nos sirve de nada, sería además pernicioso destruir la diversidad. Pero hay que tomar consciencia de la *unitas multiplex*. Hay que tomar consciencia de la *Tierra-patria*. Lo dijo en uno de sus últimos escritos Octavio Paz, el remedio no es acabar con los nacionalismos, hay que defender la diversidad. No hay más remedio que la *confederación de naciones*. Octavio Paz fue claro y conciso: “o somos capaces de integrarlos en unidades más vastas o su proliferación nos llevará al caos político, y enseguida a la guerra”⁹. Amin Maalouf dice al respecto lo siguiente: “habría que hacer lo posible para que nadie se sintiera excluido de la civilización común que está naciendo, para que todos pudieran hallar en ella su lengua de identidad y algunos símbolos de su cultura propia, para que todos pudieran identificarse también

*en ella, aunque sea un poco, con lo que ve surgir en el mundo que lo rodea en vez de buscar refugio en un pasado idealizado. Paralelamente, todos deberían poder incluir, en lo que piensan que es su identidad, un componente nuevo llamado a cobrar cada vez más importancia en el próximo siglo, en el próximo milenio: el sentimiento de pertenecer también a la aventura humana*¹⁰.

Un estado-nación moderno es aquél que tiene sentido de la complejidad concéntrica de identificaciones. Aquel en el que un ciudadano es educado multidimensionalmente: con sentido de la cultura nacional pero con sentido de la democracia política y con sentido, sobre todo de una cultura *inter-nacional* y *trans-nacional*. Cultura trans-nacional que al traspasar todas las culturas debería dejar en cada una de ellas la huella del respeto de los derechos humanos y del derecho de los ciudadanos. La huella de que la única racionalidad universalizable es aquella que hace de la *dialógica* un arte. El arte del pensar de forma *compleja*.

Un nacionalismo moderno es aquel que debilita sus mitos caseros. No para abandonarlos sino para que los ciudadanos puedan convivir en una democracia abierta. Los mitos perviven por sí mismos. Pero son perjudiciales a gran escala cuando aquellos que detentan el poder se valen de ellos para educar a la gente en la cultura del mito, sea nacionalista o de otro tipo, y no en la cultura del hombre, del ciudadano.

No podemos abandonar los mitos, pero, como afirma Edgar Morin, podemos y debemos intentar reconducirlos. Podemos y debemos, incluso crear nuevos mitos. *Usar la fuerza del mito en beneficio de una cultura compleja del hombre en tanto que HUMANIDAD. Usar la fuerza del mito en beneficio de lo que organiza, une e incluye. No en beneficio de la separación y del odio.*

Digámoslo claramente, no necesitamos nuevos redentores, sino hombres educados en la cultura de la multidimensionalidad, hombres que espiritualmente van más allá del espíritu de la tribu. Hombres que piensen la pluralidad en la identidad y la identidad en la pluralidad. Necesitamos, en fin, una *democracia cognitiva*.

Mauro Ceruti y Gianluca Bocchi escribieron hace unos años una obra en la que insistían en la necesidad de crear modos de pensar post-darwinianos. Yo creo hoy que podemos hablar de la necesidad de aplicar lo mismo al nacionalismo. Necesitamos modos de pensar pos-nacionalistas.

Pensar de forma post-nacionalista hace necesario que abandonemos los modos de pensar sustancialistas y excluyentes y avancemos en torno a una ontología de la relación. Solo un monolitismo y un monologismo mental puede auspiciar un monolitismo y un monologismo cultural. Ambos monologismos se realimentan retroactivamente. Pero las culturas, como dije más arriba, afortunadamente no son monolitos cerrados de forma absoluta.

Toda identidad o es dinámica o no es nada. Toda iden-

tidad es identidad *organizacional*. No existe posibilidad alguna de organización ni de *autonomía* sin ver las múltiples dependencias. Allí donde no existe la interrelación entre nacionalidades particulares y estados-nación generales. Allí donde no existe interrelación entre los estados-nación en beneficio de la creación de organizaciones más complejas solo encontramos la cultura y la ontología de la separación y de la fragmentación, que es el modo más fácil de fomentar la violencia entre etnias y naciones.

Allí donde el término *pertenecer* es tomado de modo absoluto, la consciencia del individuo y del ciudadano queda enajenada. ¿Qué es pertenecer a un pueblo? ¿Es negar acaso la autonomía individual o no será más bien tener sentido de la historia pero al mismo tiempo saber que somos los individuos los que en nuestras interacciones hacemos la historia?

Pensar a partir de identidades concéntricas (Morin), de identidades postnacionales (Habermas) requiere, como lo expresa el mismo verbo *pensar*, un esfuerzo de imaginación y un esfuerzo epistemológico fundamental. Requiere proyectos políticos generales que vayan más allá del día a día en los que solo vemos a nuestros políticos profesionales poner parches y remiendos a una rueda que quizás sea mejor renovar, para no pinchar otra vez. Dicho claramente un proyecto de estado multicultural y plurinacional requiere una política en la que más que el cambalache diario funcione una política hecha por mentes ilustradas y en la que impere la regla fundamental de la *confianza*. En un estado-nación plurinacional y pluricultural como lo es España (de hecho se puede generalizar esto a todo estado) nadie nos garantiza *a priori* que en algún momento vayamos a encontrar la armonía total de valores y de intereses nacionalistas. De hecho es imposible. Pero sí podemos, dentro del conflicto, decidir con libertad. Desde Herder a Isaiah Berlín se nos dice que no podemos ni debemos tratar de armonizar a toda costa las diferentes "verdades" culturales. Las consecuencias de los intentos de armonización a toda costa siempre han sido las mismas: dictaduras y opresión de unos sobre otros. Y el problema autonómico español, como antes dije es, en buena parte, consecuencia de la dictadura "nacionalista" del general Franco. Que no logró uniformizar España pero sí logró que a su muerte surgiesen, a veces de forma virulenta, nacionalismos que estaban latentes pero que quizás la política de modernización republicana hubiese podido reconducir de otro modo.

En un país multinacional como lo es España es necesario el diálogo. Es necesaria la búsqueda de elementos comunes con los que establecer una meta-uniión en la diversidad. Insisto, es necesaria la *confianza* y la idea de proyectos a mayor escala. No hay posibilidad de hacer política, no hay posibilidad de convivir con aquellos de quienes no nos fiamos. Y ese es uno de los grandes problemas en España, la *desconfianza política*.

Hoy, desde un punto de vista sincrónico, pienso que mientras que aquellos que piensan en términos de bandos y agravios comparativos fomentados y pro-

ducidos por la Guerra Civil de 1936-39 no cambien de mentalidad, el problema nacionalista seguirá envenenado en España. Tanto el nacionalismo de estado (españolismo) como el de lo étnico (vasquismo, catalanismo, etc).

No nos sirve de nada intentar reproducir o fomentar un conflicto de historiadores que acaben confundiendo *historicismo* e *historicidad*. Lo que hay que decidir por parte de nacionalistas ontológicos y negadores de toda diferencia es dónde, unos y otros quieren estar, si anclados en el siglo XIX o si entrar en el siglo XXI. Un siglo en el que hay que dar el salto a los estados postnacionales y plurinacionales. A las federaciones.

Lo que hay que decidir es si podemos vivir una plena modernidad o permanecer dentro de tradiciones excluyentes que no solo van contra el espíritu del tiempo sino que son perniciosas manipuladas por ciertas mentes influyentes en contextos nacionalistas.

Los españoles “viejos” son aquellos que viven en una época que debe ir acabando, la de la guerra civil y sus consecuencias.

Las estrategias que algunos nacionalistas esgrimen, “a toda costa” y contra quien sea, como son las estrategias de “vencer por aburrimiento” no son ni han sido nunca la solución. Nadie en sus cabales puede esperar que a cambio de no más muertes renunciemos a vivir de acuerdo con los tiempos que corren. Las llamadas “violencias de baja intensidad” no pueden ni deben nunca contribuir al logro de acuerdos que ya de entrada están condicionados por el uso o no uso de la violencia. Cierto es que cuando fracasan los mecanismos de socialización supraétnica la *nación cultural* se politiza cada vez más dando lugar a fenómenos como los que acabamos de citar. Hoy en día, como afirma Castoriadis, las sociedades modernas viven una gran crisis de significaciones imaginarias que son aquellas que cohesionan. Uno de los grandes problemas de los estados plurinacionales es su incapacidad para generar un imaginario social que sin eliminar la nación sea capaz de trascenderla. Allí donde no se crean “sentidos” superiores se da un avance en el repliegue tribal. Todo ello viene acompañado por una carencia de imaginación política alarmante en la que el reconocimiento de la diferencia no va acompañado de la confianza entre diferentes. Este es uno de los grandes problemas de España.

Necesitamos hoy en día replantearnos el papel de la nación y el papel del estado-nación en un mundo en el que cada vez tendemos más a la asociación internacional. En un mundo en el que, efectivamente, no siendo muchas veces muy conscientes de ello cada vez estamos más cerca del ideal de una *humanidad interrelacionada a nivel, por primera vez, planetario*. Necesitamos, efectivamente, reconocer las soberanías nacionales, pero, al mismo tiempo, darnos cuenta de que la nación por sí sola no tiene capacidad de supervivencia a la hora de afrontar los grandes problemas económicos y los grandes retos políticos en los que el planeta Tierra está embarcado. Los problemas ecológicos, los problemas económicos, los pro-

blemas civilizacionales son problemas internacionales.

La nación, el nacionalismo comporta un componente histórico, efectivamente, pero también comporta un componente histórico y mitológico de primer orden.

Frente a ello debemos ser capaces de afrontar el problema desde un punto de vista político y desde un punto de vista epistemológico. Mejor aun, desde la retroacción entre ambas instancias. Desde un punto de vista político necesitamos proyectos políticos de medio y largo alcance. La política del día a día, la política del parche continuo no soluciona los grandes problemas que generan las nacionalidades ni al estado-nación ni a las relaciones internacionales entre esos “monstruos uranianos”, como los llama Edgar Morin, que son los grandes estados-nación. Monstruos que se han convertido en guardianes celosos de su propia paranoia.

Siempre ha existido y existirá un principio de indeterminación política y ética¹¹. Los nacionalismos son, casi por definición, imprevisibles. De hecho, como ha afirmado Octavio Paz “como la partícula de indeterminación en física, el nacionalismo hace vacilar todos los cálculos políticos. Está en todas partes, dinamita todos los edificios y exacerba todas las voluntades”¹². Lo mismo se puede afirmar de los Estados-Nación plurinacionales a otro nivel. Hay que superar el Estado-Nación, aflojar su poder sobre etnias y ciudadanos, pero al mismo tiempo debemos crear entidades supra-estatales que garanticen la libertad y el estado de derecho conculcados en muchos lugares. Quizás la ONU debería reformar sus estructuras, especialmente su Consejo de Seguridad, para que el derecho a veto de ciertas potencias no sea el mecanismo facilitador de la barbarie por parte de algunas de estas potencias.

Reconocer la individualidad y la diferencia no implica homogeneizarlo todo ni separarlo todo. Integrar y asociar es la labor política, generada por una epistemología que tenga sentido de la unidad y de la globalidad, que hoy necesitamos.

Pensar de forma crítica implica que cada uno de nosotros se plantee preguntas como las siguientes (ya que cuando uno se plantea estas preguntas ha comenzado a cuestionar ciertas situaciones y creencias): ¿cómo es posible la sumisión espiritual a los mitos, a las ideologías? ¿qué poder tienen las ideas sobre los hombres? ¿no será acaso verdad que desconocer el poder de las ideas y de los mitos equivale a ser rehenes de ese poder?

A partir del momento en que uno se plantea estas y otras preguntas comienza a emerger el sujeto reflexivo y responsable. Ese sujeto que sabiéndose miembro y partícipe de múltiples identidades: étnicas, nacionales, plurinacionales, etc., adquiere el sentido de *HUMANIDAD* necesario para anteponer los derechos humanos, los derechos de los ciudadanos frente a los de esas entidades que Herder vio como arropadoras de lo mejor de los hombres, como son las naciones, y que hoy se han convertido en verdaderos elementos

de exclusión y odio, debido a la incapacidad de los hombres de afrontar con dignidad y clarividencia la relación entre los mitos, las doctrinas y las consciencias individuales. Debido a la incapacidad de comprender que más que salvadores de la “patria” necesitamos, de las elites influyentes, mentes educadas en el respeto y el uso de aquella bella divisa que generó la revolución de 1789: libertad, igualdad y fraternidad. Aquello que nos dignifica como seres humanos por encima de esos mitos bellos y peligrosos a la vez que son las naciones. □

¹ Paz, Octavio, *Itinerario*, Seix Barral, 1994, en especial el apartado en el que este autor reflexiona sobre “Nihilismo y democracia”.

² Habermas, J., *Identidades nacionales y posnacionales*, p. 121, Tecnos. Madrid, 1989.

³ Maalouf, A., *Identidades asesinas*, p. 130, Alianza Editorial. Madrid, 1999.

⁴ El nombre “Euskadi” es invento de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco.

⁵ Esta problemática está tratada en profundidad en el reciente libro de Miguel Herrero de Miñón titulado *Derechos históricos y Constitución*. Taurus, Madrid. 1998.

⁶ Una concepción del Nacionalismo en la que priman los derechos del individuo sobre los derechos de la colectividad. Esto es, una visión *individualista* bien argumentada se encuentra en la obra de Fernando Savater *El mito nacionalista*, Alianza Editorial. Madrid. 1996.

⁷ Me refiero a la noticia -y a los comentarios que ha suscitado hoy 11 de Febrero- el hecho de que el Parlamento Autónomo Vasco ha ofrecido su sede al gobierno kurdo en el exilio para que este último celebre allí una sesión parlamentaria. Esto no solo va a poner en un aprieto diplomático al gobierno español sino que es obvio que también se trata de una estrategia nacionalista de cara a la galería. Es decir, se trata de que el mundo piense que la situación de los kurdos (desgraciadamente tan lamentable) es la misma situación a la que está sometido el “pueblo vasco”. Lo cual es obviamente falso.

⁸ Op. Cit., p. 26.

⁹ Paz, Octavio, *Itinerario*, op.cit, p. 115.

¹⁰ Maalouf, A., op. cit., p. 196.

¹¹ Como bien ha desarrollado E. Morin en el volumen II de “La Méthode”, siempre existirá en política y en ética el problema de la *ecología de la acción*. Actuamos siempre en contextos ecologizados, nuestras acciones, los sentidos de éstas, interactúan con otras acciones y otros sentidos y pueden dar lugar a resultados muchas veces no queridos cuando se emprendió la acción. Como saben los sociólogos existen efectos perversos, resultados no deseados, etc.

¹² Op.cit, p. 114

Estado y Política en la Era del Conocimiento “Una visión pos-Industrial”, por Gustavo Martínez Pandiani

La sociedad de nuestros días no es el fruto de la imaginación de un grupo de pensadores contemporáneos ni deviene de la creación poética de sus intelectuales más destacados. En realidad, sus características más salientes, para bien o para mal, surgen como resultado de una compleja evolución que se origina en los grandes cambios de paradigma que la humanidad viene afrontando desde hace ya varios siglos.

En cierto sentido puede decirse que el hombre es siempre producto de la era que le ha tocado vivir. Así, podemos identificar un hombre de la Era Agrícola, un hombre de la Era Industrial e incipientemente, un hombre de la Era del Conocimiento.

Cada uno de ellos representa una *cosmovisión del mundo* distintiva que responde a las circunstancias históricas en las que debió desarrollarse. De este modo, la mirada agrícola del mundo es estática, aislada, manual, rural y fragmentada; mientras que la visión industrial del mundo es mercantilista, urbana, capitalista, revolucionaria, liberal y expansionista.

Como consecuencia de dichas cosmovisiones, cada era posee una “lógica propia” que le impone determinados criterios de eficiencia al momento de evaluar las diversas actividades humanas y sociales de cada ciclo histórico. En la Era Agrícola, el principal objetivo social era la producción básica y la subsistencia. En la Era Industrial, la mega-producción en cadena hizo del *tamaño* (lo grande) un sinónimo de poder. Las grandes fábricas con enormes chimeneas, las extensas plantas de producción en serie, las aparatosas y ruidosas maquinarias simbolizan la lógica del poder de la sociedad industrial.

Esta “visión industrial” del mundo también está presente en el campo político. Así como existe un modelo de Estado Industrial, creemos que puede hablarse de una *visión industrial de la política*, para la cual los criterios de eficiencia también obedecen al paradigma del tamaño: otra vez lo grande como sinónimo de poder. Es en este sentido que los enormes y poderosos aparatos partidarios, las elefanteásicas estructuras burocráticas y las aceitadas maquinarias proselitistas desarrolladas en casi todo el mundo durante el siglo XX representan cabalmente la lógica política de la Era Industrial.

La profunda Revolución Tecnológica de las últimas décadas, de la mano de la informática y el gerenciamiento, ha generado una transformación tan dramática como la que hace varios siglos provocó la Revolución Industrial de la mano del vapor y del acero. Del mismo modo que el pasaje de la Era Agrícola a la Era Industrial causó un replanteo integral de todas las relaciones humanas, el inminente ingreso a una Era pos-Industrial nos obliga a repensar el mundo que se asoma: un mundo poscapitalista que se insinúa global y cibernético y que algunos autores ya bautizaron como la Era del Conocimiento o de la Información.

Esta “nueva lógica”, rápidamente incorporada al mundo de las empresas y algo más lentamente a las propias estructuras del Estado, produjo un giro copernicano en el principal parámetro de poder de la *el tamaño*. Lo pequeño (ya no lo grande) se convirtió en el nuevo paradigma de la eficiencia. La enormidad, que por tres siglos fue positivamente interpretada como símbolo de omnipresencia y omnipoder, se ha transformado en una señal de ineficiencia e irracionalidad en el manejo de los recursos. Los aparatosos y ruidosos aparatos a vapor a sido reemplazados por un nuevo ícono del poder: el minúsculo y silencioso “chip” informático.

Esta gran transformación ya no es occidental sino global, ya no es capitalista sino cognitiva y ya no es industrial sino organizativa. En efecto, contrariamente a lo que sucedía en la Era Industrial donde el principal recurso de producción era material y tangible, en la Era de la Información el principal recurso es inmaterial e intangible: el conocimiento. De allí que podamos considerar a la economía poscapitalista como una economía “supersimbólica”.

Como consecuencia del proceso arriba descrito, la idea de innovación substituye a la de producción y las estrategias típicas del mundo industrial, basadas en *ventajas comparativas* (aquellas dadas por la naturaleza), son reemplazadas por nuevas estrategias basadas ahora en lo que Michael Porter denominó *ventajas competitivas* aquellas creadas por el hombre, vía tecnología).

En síntesis, la mano invisible de Adam Smith deja su lugar a la mano visible de Peter Drucker: *el management* y sus trabajadores del conocimiento. El tradicional capital de la Era Industrial, el capital monetario, es destronado por un nuevo recurso esencial, el capital humano.

Hacia un Estado pos-Industrial

El Estado como principal articulador de intereses de la sociedad industrial ha sufrido quizás más que ningún otro actor social los embates de lo que Alvin Toffler denominó la Tercera Ola. La crisis de escala producida por los megacambios en los sistemas cultural, social, económico, político y de valores provocados por acelerada Revolución Informática de fin de siglo ha desafiado al estado en su esencia y sus funciones, llegando incluso a cuestionar la propia necesidad de su existencia.

Sin embargo, los sólidos fundamentos filosófico-políticos del estado como institución vital de toda sociedad rápidamente acallaron las voces del neo-anarquismo posmodernista. En efecto, quedó demostrado que la necesidad del estado no es una cuestión de teorías de modo sino que proviene de las raíces más profundas del pensamiento político: la propia naturaleza humana. Partiendo del estado de naturaleza del hombre, sea éste el *hombre/lobo del hombre* de Hobbes o el *hombre bueno de la voluntad general* de Rousseau, el punto de llegada es siempre el mismo: la necesidad de la existencia de un estado que, como “persona artificial” o “nuevo Adán”,

establezca e imponga reglas para la convivencia social de los individuos.

Lo antedicho no implica que el *perfil* del estado no pueda variar de acuerdo a las circunstancias históricas. Precisamente, la crisis del estado del siglo XX tiene que ver con la redefinición de sus funciones fundamentales y no con su reemplazo por otra instancia articuladora del interés general. El contemporáneo reacomodamiento de fuerzas en la relación tripartita entre Estado, Mercado y Sociedad Civil es la consecuencia inmediata de un nuevo tipo de organización social que surge con la Era del Conocimiento. En este contexto, el tradicional modelo del estado-nación sufre hoy dos fuertes presiones simultáneas: una interna y otra externa.

- **La interna** se origina en la “crisis de gobernabilidad” que provoca el reclamo por parte de otros actores sociales (en especial la Sociedad Civil y el Mercado) de roles que tradicionalmente monopolizó el Estado. Son ejemplos de dichas funciones: la formación cívica de los ciudadanos, el control de gestión de la administración pública y la creación de instancias de participación comunitaria. El surgimiento y evolución de numerosas organizaciones no gubernamentales así lo demuestran.
- **La externa** surge del fenómeno conocido como “Globalización” e implica un cuestionamiento a la viabilidad de un orden internacional basado en principios idealistas (democráticos) y prácticas realistas (pragmáticas). El estado-nación y los principales organismos internacionales contemporáneos, tales como la ONU y la OEA, no parecen reflejar cabalmente las nuevas realidades del mundo posterior a la caída del muro de Berlín.

A largo de sus tres siglos de existencia, el Estado Industrial presentó dos versiones básicas: el estado socialista y el estado capitalista. En 1989, el “fin de la historia” presagiado por Francis Fukuyama significó en realidad el fin de *un tipo* de historia: la del Estado Industrial-Marxista.

A partir de entonces, el Estado Industrial Capitalista como versión triunfante del siglo XX sufre un acelerado proceso de anacronismo que quita significado a su lógica y terminología: dialécticas tales como izquierda-derecha, este-oeste, progresistas-conservadores, primer mundo-tercer mundo, parecen hoy sufrir de una tremenda incapacidad para comprender los anhelos y preocupaciones de los ciudadanos del mundo global.

De allí que el pasaje de la Era Industrial a la Era de la Información requiere, como dicen Osborne y Plastrik que se modifique el ADN del estado, es decir que se reescriba su “código genético”. La propuesta de *reinventar* el estado que realizan estos autores importa una visión estratégica y no debe confundirse con la mera reorganización burocrática, los específicos procesos de privatización o la simple actualización de prácticas gerenciales. La reinención del estado debe ser entendida como un gran *desafío cultural* tendiente a transformar la lógica vigente en la concepción, organización, funciones y finalidades del

estado-nación tal cual hoy lo conocemos. No se trata sólo de “achicar” el tamaño del estado sino de hacerlo más eficiente, ético y equitativo. En definitiva, un estado que haga más y gaste menos.

De este modo, la revolución de la tecnología y el gerenciamiento tiene mucho que aportar al proceso de reforma del estado. Así como las reformas de primera generación apuntaron a aquellas acciones y campos en los que el estado no debía intervenir (desregulación, privatización, racionalización), las reformas de segunda generación deben concentrarse en aquellos ámbitos en los que el estado sí debe actuar. Para ello, es menester superar la mirada industrial del viejo estado burocrático, dotándolo de una *lógica posburocrática* que reemplace:

- Los caducos criterios de eficiencia taylorista (noción cuantitativa) por modernos parámetros de valor social (noción cualitativa);
- El tradicional control centralizado y verticalista por un sistema descentralizado de incentivos y consensos;
- La mera justificación de costos (noción de presupuesto) por la demostración de creación de calidad (noción de valor agregado);
- El normativismo excesivo de reglas y procedimientos por el establecimiento racional de procesos de resolución de problemas; y
- La gerencia rígida de la supervisión por la gerencia flexible del liderazgo.

Hacia una política posindustrial

Hacia el año 2000 el mundo vive la agonía del milenio como el fin de un ciclo. El “Fin de la historia” de Fukuyama, el “Fin del Trabajo” de Rifkin, el “Fin de las ideologías” de Bell, el “Fin de las Certidumbres” de Prigogine, el “Fin de la Ciencia” de Horgan y el “Fin del Arte” de Danto así parecen atestiguarlo.

Sin embargo, a esa sensación de fin inminente se le suma en forma inmediata la ilusión de un nuevo comienzo, el inicio de una nueva etapa en la historia de la sociedad humana. En este sentido, la esperanza de un paradigma superador de la era que se va, la Era Industrial, se manifiesta en la “Sociedad pos-Industrial” de Bell, la “Sociedad pos-Capitalista” de Drucker, la “Sociedad pos-Moderna” de Lyotard, la “Sociedad pos-Tradicional” de Giddens y la “Sociedad pos-Nacional” de Habermas. Todos ellos comparten un sentimiento que los orienta a la construcción imaginaria de una *pos-sociedad*, un mundo nuevo que mantenga lo positivo de la Sociedad Industrial que se va y corrija lo negativo que nos deja.

En realidad, sucede que hoy vivimos en lo que Toffler ha caracterizado como el “choque de dos enormes olas”. Se trata de un traumático encontronazo de dos civilizaciones: la Era Industrial y la Era Tecnológica o pos Industrial. El conflicto es en verdad la puja de dos cosmovisiones del mundo que afecta a todos los ámbitos de nuestras vidas. Hoy nos encontramos justo debajo del choque de las olas y no sabemos a cual de ellas pertenecemos.

En lo que se refiere a los aspectos económicos de nuestra vida social, podríamos decir que hemos comenzado la transición hacia una sociedad pos-industrial y pos-burocrática. La sociedad del conocimiento puede intuirse en forma de *transacciones* bancarias simplificadas, diálogos vía internet, comercio virtual, videoconferencias, comidas rápidas y cajeros automáticos.

Por el contrario, en el campo político aún somos, definitivamente, una Sociedad Industrial. La falta de visión que en general sufren las clases dirigentes nos convierte en típicos habitantes de la Era Industrial o, en muchos casos, de la mismísima Era Agrícola. Los criterios de conducción política que imperan en nuestros días contienen claras muestras de una lógica vieja para la cual lo esencial sigue siendo la aparatología clientelista típica de las grandes plantas industriales: lo grande y pesado como símbolo de poder.

El sistema de *governabilidad corporativa* forjado durante la Era Industrial concibió a la sociedad como un conjunto de “cortes verticales” o grupos de interés corporativos tales como los empresarios, los banqueros, los trabajadores, los industriales, los medios de comunicación, los políticos, los abogados y los estudiantes, cuyo principal objetivo es obtener el máximo beneficio sectorial en el marco de la negociación social permanente.

Una mirada pos-industrial exige una nueva comprensión del tejido social en términos de un sistema de *governabilidad organizativa* que defina a la sociedad como una red de “cortes horizontales”. Para ello, dichos cortes organizacionales deben atravesar los tradicionales grupos de interés (verticales) a partir de las “nuevas cuestiones” de la agenda pos-capitalista, conformada por temas tales como la ecología social, la ética pública, las redes solidarias, el capital humano y el desarrollo sustentable.

Por último, es doloroso reconocer que en América Latina esta *visión industrial de la política* se retroalimenta en otros nefastos códigos culturales. El amiguismo, el negocio privado, la improvisación, la impunidad y el acomodo nos retienen en la vieja era y no nos permiten avanzar hacia una *nueva política*, la del mérito personal, la capacitación profesional, la responsabilidad y el compromiso ético.

En conclusión, nuestra actual clase política no parece ser la primera generación de la Era del Conocimiento sino la última generación de la vieja era, la Era Industrial. □